

INFORMACIÓN Y SEMIOSIS (II)<sup>1</sup>  
(Comentarios acerca del libro de D. Nauta  
*The Meaning of Information*)<sup>2</sup>

*Tomás Lloréns*

6. *Aspectos de jure y aspectos de facto de la semiosis*

MI PROPÓSITO EN LA PARTE (I) de este escrito era ofrecer al lector una sinopsis, ni demasiado distorsionada ni demasiado esquemática, del libro de Nauta. Mis propios puntos de vista se encuentran allí contenidos —o al menos eso he intentado— en las notas de pie de página. En esta parte (II) voy a tratar de evaluar la teoría de Nauta confrontándola con algunos problemas actuales de la semiótica.

El hecho de que se pueda emplear la expresión “teoría semiótica” en el caso de Nauta podría servir ya de base para un juicio de valor. Después de los trabajos de Morris, en efecto, no son muchos los sistemas teóricos coherentes que se han formulado en este campo, a pesar del crecimiento continuo de publicaciones y del nivel cada vez más teórico con que se han venido definiendo sus preocupaciones en los últimos tiempos. De las diversas tentativas recientes, la de Nauta es probablemente la más elaborada y la que ofrece más sugerencias y posibles caminos de desarrollo ulterior.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> La parte (I) de este escrito apareció en *Teorema*, Vol. IV (1974), no. I, pp. 55-89.

<sup>2</sup> La Haya, Mouton, 1972.

<sup>3</sup> Me refiero aquí a las tentativas de formular la semiótica en términos del contexto general de las ciencias humanas —Cfr. la introducción a la parte (I) de este escrito por lo que se refiere a la vocación de la semiótica como teoría integradora de las demás ciencias humanas—; otra cosa son las tentativas de formularla a partir de la lingüística —los ejemplos de Hjelmslev y Prieto son

Antes de entrar en el comentario de los problemas internos que la construcción teórica de Nauta presenta, quisiera señalar tres aspectos generales que pueden ser relevantes para su evaluación.

En primer lugar, que ha sido elaborada con la preocupación constante de hacerla compatible con un compromiso ontológico monista. Cualidad que muchos lectores apreciarán como positiva, especialmente si se considera su rareza en las publicaciones de los últimos años sobre temas semióticos.

En segundo lugar, que presenta muchos ecos del empeño vienés por el tema de la unidad del conocimiento científico. Cualidad que quizás algunos lectores —entre los que me cuento— consideren con una especie de melancólica simpatía.

En tercer lugar que, a pesar de haberse formulado casi exclusivamente a partir de reflexiones centradas en tópicos propios de la teoría de la ciencia, resulta de una relevancia inesperada para el desarrollo actual de la semiótica aplicada a la comprensión de los fenómenos artísticos y culturales (preocupación que cubre, con mucho, la mayor parte de las publicaciones recientes de semiótica).

seguramente los más sistemáticos en este sentido—: en este caso lo que se pide de la semiótica es más bien una fundamentación epistemológica para la práctica científica de la lingüística estructural —una fundamentación *ad hoc*—. Estas tentativas se basan fundamentalmente en un procedimiento analógico: puesto que, *a*), el lenguaje es el sistema de significación más importante, y *b*), la lingüística estructural ha proporcionado (para el lenguaje) los modelos más sólidos conocidos hasta hoy; *c*), la teoría semiótica debe proceder, a través de una indagación de las características de los modelos lingüísticos, a construir un modelo suficientemente general como para que de él puedan deducirse los modelos adecuados para otros sistemas de significación. Sin embargo, puede decirse que aun cuando el tema central de estas propuestas sea algo tan alejado de la lingüística como el lenguaje estético —el reciente libro de Garroni (1972) constituye el ejemplo más interesante— siguen sin plantearse en ellas las preguntas básicas acerca de la *naturaleza* de los procesos de significación que habían orientado las preocupaciones de Peirce, Morris, Mead, etc.

## 6.2. Enfoques semióticos estructuralistas y empiristas

La situación actual en los estudios de semiótica aplicados a las artes y otros fenómenos culturales puede caracterizarse por la división entre los enfoques orientados por la tradición de la lingüística estructural y los enfoques empiristas; estos últimos utilizan habitualmente métodos de observación y experimentación tomados de la psicología y buscan (cuando lo hacen) su fundamentación teórica en Morris.<sup>4</sup>

Ahora bien, si la primera orientación se caracteriza por un cúmulo de dificultades prácticamente insalvables en cuanto a su consistencia teórica, la segunda, que descansa sobre bases teóricas más simples y robustas, parece padecer de una esterilidad desalentadora en cuanto a sus resultados aplicativos.

La fragilidad teórica y la inconsistencia, a nivel de fundamentación, de los estudios estructuralistas se manifiesta en la falta de consenso general —dentro del campo propio de los autores estructuralistas— para los conceptos básicos cuando se intenta formularlos de un modo sistemático y dotarlos de validez general, más allá del campo restringido de la lingüística, para todos los fenómenos semióticos. El desarrollo sistemático de estas tentativas conduce a paradojas insuperables —por ejemplo, en la discusión del problema sincronía/diacronía— y a metodologías poco precisas, que producen resultados incoherentes entre sí.

Pero, por otra parte, si las bases teóricas (morrisianas) de los estudios de orientación empírica siguen pareciendo bastante sólidas, las metodologías desarrolladas hasta ahora resultan evidentemente inadecuadas cuando tratan de enfrentarse con las complejidades de la conducta simbólica superior humana, y especialmente con el lenguaje. Los resultados son, también en este caso, incoherentes —no por una definición defectuosa de los presupuestos teóricos, por vaguedad de los métodos con que se obtienen los resultados (como

<sup>4</sup> He descrito con más detalle los problemas epistemológicos implícitos en esta división, tal como aparece en el caso particular de la semiótica de la arquitectura, en Lloréns (1974).

en el caso de los enfoques estructuralistas), sino por la pobreza de estos resultados y la incapacidad que evidencian para reflejar lo que parecen ser los rasgos realmente relevantes de los aspectos de la cultura humana que toman como objeto de estudio.<sup>5</sup>

Por lo que se refiere al lenguaje, Osgood (1957), por ejemplo, tuvo que limitar sus aspiraciones de “cuantificación del significado”<sup>6</sup> a lo que él mismo denominaba el aspecto connotativo. Y a pesar de que esta distinción entre “connotación” y “denotación” —en cuanto a su posibilidad respectiva de ser reducidas a términos conductistas— fue criticada por Morris (1964) —y a pesar de que la argumentación de Morris es totalmente convincente desde el punto de vista de su propia teoría— no cabe duda de que, desde el punto de vista de los criterios de aplicabilidad, abundan, en los sistemas semióticos humanos, peces demasiado finos —p. ej., lo que Osgood, de un modo impreciso, denominaba los aspectos denotativos del significado— como para ser atrapados en la red epistemológica conductista.

No es lo mismo analizar, desde el punto de vista de las respuestas que elicitan, los “contenidos simbólicos” de un puñado de “símbolos” políticos manejados en una campaña electoral, que los “contenidos” de los símbolos que constituyen por ejemplo un sistema de lógica formal.

Asumir teóricamente un concepto único de *significado* (aunque sea a un nivel muy abstracto) para todos estos casos y afirmar que el contexto de verificación de este concepto se encuentra en la observación de la conducta humana parece

<sup>5</sup> Es significativo, por ejemplo, el hecho de que la mayor parte de las publicaciones acerca de semiótica de la cultura se adscriban al ámbito estructuralista, fenómeno que se acentúa conforme nos alejamos de las gamas más académicas. No son tanto las dificultades de lectura derivadas de un tipo de exposición más o menos técnica —muchas veces, una publicación estructuralista puede presentarse de un modo altamente técnico, con serias dificultades de lectura para el lector corriente—, las que asustan a los profesionales de la edición, como una especie de “filtro de relevancia” que ellos mismos establecen estimando los intereses del público lector.

<sup>6</sup> Que aparecen expresadas sin restricciones, p. ej., en Osgood (1952).

perfectamente válido —aunque polémico, sin duda—; pero no por ello resultan menos frustradas las esperanzas de encontrar en la psicología los métodos de observación empírica adecuados y relevantes para el estudio de todos los fenómenos de significación.

### *Aspectos de jure de los sistemas semióticos*

¿Qué es lo que hace que un gran número de sistemas semióticos —y en particular el lenguaje natural humano— hayan resultado inaccesibles —o, al menos, parcialmente inaccesibles— a la semiótica de orientación morrisiana?

Se puede encontrar el inicio de una respuesta a esta pregunta advirtiendo que estos sistemas deben su coherencia a un cierto aspecto *de jure* —que es precisamente el aspecto que la lingüística estructuralista ha enfatizado, hasta el extremo de excluir de su propio campo los aspectos *de facto* (las “particularidades” del habla).

Como habrá podido apreciar el lector en la primera parte de este escrito, es precisamente en este problema (central para la mayoría de los debates actuales en cuanto a la semiótica aplicada) de la “juridicidad” que aparece en los procesos semióticos humanos en donde la construcción teórica de Nauta se muestra más prometedora.

### 6.3. *La concepción del lenguaje natural humano como un híbrido de aspectos de facto y aspectos de jure.*

Al hablar del simbolismo —en la acepción técnica restringida que él mismo propone— como nivel superior de semiosis, Nauta se refiere a Mead (que había sido también una de las fuentes mayores de Morris) y cita a Dewey: “Los signos constituyen *evidencia* de la existencia de algo: los símbolos no, y gracias a ello posibilitan el proceso ordenado del discurso [...] Es esencia que los símbolos introduzcan en la investigación [inquiry] una dimensión diferente de la dimensión [de facto] de la existencia” (Dewey, 1938, cit. Nauta p. 149).

Hoy por hoy, considerando lo que la psicología es,<sup>7</sup> sería evidentemente una extravagancia epistemológica intentar estudiar, como una coincidencia de “contenidos” psicológicos individuales, entidades culturales tales como la inferencia lógica del teorema de Pitágoras a partir de los axiomas de la geometría euclidiana, la ley que relaciona el valor de la moneda de un país con el estado de su balanza comercial, o la decisión de un tribunal de justicia en un litigio de propiedad. Por supuesto que los factores psicológicos intervienen en la *presentación* de un sistema axiomático, en las *decisiones individuales* de transacción monetaria, en la *ejecución* de una sentencia judicial, etc. Pero, aun aceptando una epistemología estrictamente positivista que no reconociera al sistema axiomático, al precio de la moneda o a la sentencia judicial ninguna existencia separada con respecto a su presentación concreta, a las decisiones individuales, a los actos concretos de ejecución, etc., es imposible no reconocer la autonomía relativa de los dos planos —el de la conducta individual y el de las “reglas” que gobiernan esta conducta. Se podría recordar, para citar un ejemplo, que esta autonomía relativa es el postulado fundamental de la (positivista) *teoría pura del Derecho* de Kelsen— la vigencia *jurídica* de la ley no es reductible a la suma de los hechos individuales ejecutados en cumplimiento de la ley; no hay puente que permita traducir literalmente el “deber ser” (*sollen*) a “lo que es” (*sein*).

Incluso en el seno del acto individual de “cumplimiento” esta distinción parece inevitable: no es lo mismo tener conciencia de que se está “infringiendo” una “ley natural”, que tenerla de la infracción de una ley jurídicamente *sancionada* —en el sentido más amplio y metafórico de la expresión “sanción jurídica” en este caso—. En el primer caso la “conciencia de infracción” es directamente proporcional al nú-

<sup>7</sup> Es decir, considerando el tipo de actividad intelectual que los profesionales de la psicología científica suelen practicar. La definición de la psicología como “ciencia de la conducta” es engañosa a este respecto, si se la considera literalmente. (El hacerlo, además, implicaría una especie de imperialismo por el cual la psicología absorbería la sociología, la antropología, la economía política, etc.).

mero de observaciones de “actos de cumplimiento”, en el segundo, esta proporcionalidad directa no se da o, al menos, hay en la “conciencia de incumplimiento” un elemento irreductible a ella. Y aunque se rechace esta argumentación por sus resonancias fenomenologistas, se puede encontrar, aduciendo simplemente la vigencia del sentido común —e independientemente de cualquier contenido psicológico particular— un fundamento similar para la misma conclusión.

Esta distinción entre aspectos *de facto* y aspectos *de jure* es en mi opinión el problema teórico más importante con que se debaten las ciencias humanas desde hace más de cien años, pero queda fuera de las intenciones de este escrito el intentar seguir ahora los diversos caminos que un análisis de este problema ofrece. Baste apuntar el hecho de que las posturas más moderadas, tanto en el bando “empirista” como en el bando “formalista” coinciden, al menos, en reconocer la dualidad de estos aspectos en la realidad humana; aunque insistan, a continuación, en la exclusividad epistemológica de uno de los dos enfoques, alegando razones de pertinencia o de fecundidad aplicativa de los resultados.

Así pues, hay que señalar, como uno de los puntos más atractivos de la construcción de Nauta su formulación del lenguaje natural humano como un “híbrido” en el que los aspectos *de facto* y los aspectos *de jure* aparecen íntimamente mezclados.

#### *La construcción de Nauta: simetría de facto/de jure*

Pero, habiendo aceptado ésto, conviene apuntar también las dificultades que el autor parece no haber sido capaz de superar en esta formulación.

¿Cómo se da esta mezcla?

La solución de Nauta es, diría yo, *geométrica*. Y es precisamente el apasionado *esprit de géométrie* que el autor muestra en todo el libro el que parece haberle jugado una mala pasada en este punto.

Nauta parece concebir los aspectos *de jure* y *de facto* como polos *simétricos* de una escala: Así como determinados aspectos del lenguaje se pueden reducir al nivel *inferior*

(el universo *de facto*) de la conducta humana, así también otros aspectos —más precisamente, la *gramática*— se pueden reducir a otro nivel *superior* (el universo *de jure*), (cuya entidad se postularía, de este modo, con el mismo fundamento —al menos, por lo que concierne a la estrategia de construcción de la teoría— con que se postula la entidad de los hechos).

Soy consciente de que el autor nunca expresa estos postulados de un modo tan directo —y esquemático— como lo acabo de hacer ahora. Pero creo que es necesario, de un modo u otro, aceptarlos para entender la introducción al capítulo II.<sup>8</sup> En efecto, sólo con la confusión de las condiciones epistemológicas (en el seno de las cuales la distinción entre aspectos *de jure* y *de facto* parece plenamente fundada) con las condiciones fácticas de la semiosis, es posible entender que los (tres) niveles semióticos se pongan en la *misma escala* que los (tres) niveles metasemióticos (e inmediatamente *por debajo* de ellos).

En el mismo sentido hay que entender que el autor haga suya la formulación chomskiana de la *gramática* —que constituye el eje sobre el que pivota la distinción entre niveles semióticos y metasemióticos— como expresión o manifestación de la *competencia*, siendo la *competencia*, simultáneamente, un *modelo* ideal del lenguaje y algo, cuya existencia *de facto* se postula en el hablante.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> Vid. diagrama H.

<sup>9</sup> Sin embargo, en el Cap. II, al discutir el problema de los sistemas cibernéticos determinísticos y no determinísticos, Nauta había propuesto que todo sistema cibernético debería ser considerado como un sistema determinístico “una vez que los aspectos relevantes de *historia* y *situación* hubieran sido tomados en consideración” (p. 76). Tesis que presenta unas claras resonancias skinnerianas (para Skinner la gramática, como conducta aprendida, sería el resultado de las *pasadas contingencias de refuerzo* del hablante) y parece francamente distante de la concepción chomskiana de la gramática.

*Postulados implícitos: la confusión de los niveles ontológico y epistemológico en el discurso semiótico*

Es el *esprit de géométrie* el que parece forzar a Nauta a estas conclusiones, como resultado de la tentativa de hacer compatibles —en el mismo nivel— dos asunciones que, siendo ambas legítimas, pertenecen a distintos niveles del discurso semiótico:

a) Que todo metadiscurso se sitúa necesariamente *fuera* del discurso objeto —excepto en el caso del lenguaje natural humano; pero entonces, dice Nauta, se trata sólo de un metadiscurso implícito— lo cual es una tautología aplicable al nivel epistemológico.

b) Que el discurso sobre el simbolismo (o sobre la semiosis), por el hecho mismo de ser un discurso, es, necesariamente, un hecho simbólico (un proceso semiótico) en sí mismo. Lo cual es también una tautología, pero aplicable esta vez al nivel fáctico.

El aceptar simultáneamente en el mismo nivel y tratar de integrar dentro de un mismo discurso teórico estos dos postulados, junto con el deseo de elaborar un *sistema completo* de los fenómenos de significación, es lo que lleva a Nauta a postular la escala de siete grados, que presenta el diagrama H —allí donde hubiera debido más bien postular una escala infinita, como la que había tenido que aceptar Peirce al enfrentarse con el problema del “regreso al infinito” de la semiosis.

*Dificultades externas en la teoría de Nauta: incompatibilidad con el compromiso ontológico monista*

La primera objeción (no concluyente, sin embargo) que se puede oponer a una tal formulación es que, evidentemente, viola la condición, expresada por el autor, de compatibilidad con un compromiso ontológico monista. O bien, que el precio que hay que pagar por el monismo en este caso es la aceptación, sea del realismo lógico de Peirce, sea de una ontología hegeliana.

Nauta no parece haberse planteado este problema, aunque la caracterización que en algunos pasajes del libro hace de los lenguajes artificiales, parece apuntar a un cierto “evolucionismo ontológico”, que presenta indudables resonancias hegelianas.<sup>10</sup>

*Dificultades internas: ¿Cómo formalizar la pragmática?*

Más concluyente es la objeción de que esta confusión entre los niveles epistemológico y ontológico parece originar dificultades en el interior mismo de la construcción teórica de Nauta. Esto ocurre especialmente en el problema del status teórico de la pragmática explícita —o formalizada— cuyo análisis se presenta, después del de la formalización de la semántica, en el último capítulo del libro.

Por lo que se refiere al precedente de la formalización de la semántica el autor hace suyas las siguientes palabras de Bar-Hillel (1964) (cit. Nauta, pp. 219-220): “La teoría de los gases perfectos es de gran importancia en física, a pesar del hecho de que no exista un gas perfecto [...]. La formación semántica que una sentencia lleva consigo con respecto a una cierta clase de sentencias puede [de un modo semejante] estudiarse como la información pragmática ‘perfecta’ que la sentencia proporcionaría a un receptor ‘perfecto’ cuyo único conocimiento empírico fuera exactamente el formulado por dicha clase de sentencias ‘...], un receptor en posesión de una memoria perfecta y de una ‘lógica’ perfecta, esto es en posesión de una cierta clase cualquiera de sentencias empíricas y de todas sus consecuencias lógicas.”

Si se acepta (como Carnap y Bar-Hillel, o el mismo Nauta) la concepción tridimensional —sintáctica, semántica, pragmática— de la semiosis formulada por Morris, es necesario desde luego hacer esta asunción para poder empezar a hablar de formalización de la semántica —y, del mismo modo, hay que hacer una asunción similar en cuanto a la semántica, para hablar de formalización de la sintáctica—.

<sup>10</sup> Cfr. pp. 57-58 (citado en p. 63 en la parte (I) de este escrito) y pp. 153 (citado en p. 79 de la parte de este escrito) como ejemplos.

Pero, ¿cómo es posible, entonces, hablar de formalización de la pragmática?

Nauta dice: “para llegar a mediciones objetivas la información pragmática debe determinarse en relación con un determinado modelo específico. De un modo similar, hemos hablado, en la sección precedente, de la información semántica en relación con un modelo de lenguaje formal. Hasta ahora no existe una teoría formal de la información pragmática” (p. 223). Y pasa, a continuación, a considerar las propuestas de Ackoff y Martin como *aproximaciones* a una tal teoría. Ahora bien, si Nauta fuera consecuente debería reconocer que no sólo no existe “hasta ahora” ninguna formalización de la pragmática, sino que no existirá ni podrá existir *nunca*.

Por la misma razón por la que la sintáctica, la semántica y la pragmática “explícitas” constituyen un nivel metasemiótico, exterior y “superior” al de la semiótica, y por la misma razón por la que la semántica “explícita” supone una abstracción de la pragmática, la pragmática “explícita” supondría un nivel metametasemiótico. del cual habría que hacer abstracción a su vez para formalizar la pragmática misma. Y así sucesivamente —como había advertido y *aceptado* Peirce.<sup>11</sup> Es la confusión, en la jerarquía de dimensiones, entre jerarquía epistemológica (jerarquía de metalenguajes) y jerarquía fáctica (que se manifiesta en el “tener que abstraer de”) lo que parece llevar a Nauta a una posición difícil de defender en este problema.

### *Asimetría en las articulaciones de la escala de tipos de información*

Hay otro aspecto más, aquí, en el que la argumentación de Nauta puede volverse contra él mismo.

Al caracterizar la naturaleza híbrida del lenguaje humano Nauta busca la evidencia de los aspectos *de jure* precisamente en el hecho de que el lenguaje humano *posibilita* el paso a los lenguajes artificiales. ¿En qué sentido se utiliza

<sup>11</sup> En la medida en que esta conclusión está implícita en la teoría peirciana del “regreso semiótico al infinito”.

aquí “posibilita”? Todo el contexto del segundo capítulo del libro favorece, según hemos visto, una interpretación ontológico-evolucionista de este término.

Ahora bien, al discutir el concepto de información de Shannon el autor:

a) Lo presenta como una teoría sobre la “información posible”.

b) Critica la confusión entre los niveles ontológico y epistemológico de tal concepto de “posibilidad” tal como aparece en Shannon y sus seguidores. Nauta acepta que el estudio de la teoría de Shannon pueda considerarse como una condición para el estudio de la información semiótica propiamente dicha, pero no acepta que aquello que esta teoría estudia —el supuesto correlato fáctico del concepto de información, tal como aparece definido en Shannon— condicione (determine) la semiosis misma.

c) Precisamente sobre la base de esta distinción entre los niveles fáctico y epistemológico establece la distinción entre la teoría (matemática) de la comunicación y la dimensión sintáctica de la semiosis.

Ahora bien, si volvemos ahora al diagrama H nos encontramos con el siguiente dilema:

—Si aplicamos, con respecto a la distinción superior —entre nivel metasemiótico y nivel propiamente semiótico— la misma argumentación —y la misma interpretación del término “posibilitar”— que Nauta aplica contra Shannon,<sup>12</sup> la conclusión es que hay que establecer la relación entre los niveles como dependencia epistemológica y autonomía ontológica, y que esto es un principio general que habría que volver a aplicar en una tercera distinción entre meta-metasemiótica y metasemiótica: de lo cual se deduce la necesidad de postular un nivel metametasemiótico como ontológicamente autónomo —y nos encontramos con todas las dificultades de la metafísica de Peirce.

<sup>12</sup> O, mejor dicho, contra Weaver, a quien parece debe atribuirse la identificación explícita de la sintáctica con la teoría matemática de la comunicación.

Si consideramos que la argumentación no es válida y que la expresión según la cual el nivel inferior "posibilita" la aparición del nivel superior debe entenderse en el sentido más fuerte, como determinación ontológica de los niveles superiores por los niveles inferiores —siendo, por tanto, la distinción entre niveles meramente epistemológica— la formalización de la pragmática no implicaría ya necesariamente un nivel metametasemiótico, como entidad autónoma, pero habría que postular entonces la reductibilidad, no sólo de la sintáctica, sino de toda la semiótica y la metasemiótica a la teoría (matemática) de la información de Shannon.

### 6.3. *Puntos críticos de la teoría de Nauta: Sumario*

El problema parece originarse precisamente en ese *esprit de géométrie* que se apasiona por obtener un cuadro general sistemático en el que todas las posibles vías de acceso al estudio de los fenómenos de significación encuentren su *locus* en una escala jerárquica. En el esfuerzo por obtener este sistema la distinción entre los niveles fáctico y epistemológico del discurso semiótico parece no haber sido entendida y mantenida con la claridad necesaria.

En consecuencia, y resumiendo, tres puntos al menos de la construcción de Nauta me parecen discutibles.

1) La tentativa de presentar la formalización de la pragmática como tarea de la semiótica. ¿Es posible hablar de una tal formalización? En otras palabras ¿es posible ir "más allá" de la frontera entre semántica y pragmática? Desde el punto de vista de una construcción teórica sistemática y formal, como la que propone Nauta, creo que esto es imposible. La pragmática se presenta necesariamente desde un tal punto de vista como el *horizonte de referencia* de la significación, una línea unidimensional a la que es necesario referirse, en último término, como fundamento de la significación; pero que es insensato intentar traspasar. Es significativo a este respecto que, en la discusión de la redundancia semiótica, el autor cite ejemplos de redundancia puramente sintáctica (esto es, irreductible a una formulación "transmisional") y de redundancia puramente semántica,

pero no de redundancia puramente pragmática. ¿Cuál podría ser la naturaleza de esta redundancia *puramente* pragmática —es decir, portadora de una regularidad en el comportamiento semiótico que *no* implicara al mismo tiempo una regularidad semántica?<sup>13</sup> En el contexto de la teoría de Nauta podría sugerirse que las redundancias puramente pragmáticas serían las derivadas de constricciones *de jure*<sup>14</sup> en tanto que contrapuestas a las derivadas de constricciones *de facto*. Pero esta distinción no lleva más allá de la distinción entre redundancias semánticas de diverso tipo: las correspondientes al campo de estudio de la semántica formal como contrapuestas a las correspondientes al campo de estudio de otras disciplinas que se ocupan del “significado” (psicología, lingüística, antropología, etc.).

*Para “ver” la línea bidimensional en que el horizonte de la pragmática consiste como un campo pluridimensional (es decir, para “verlo” como campo de interacción de diversas variables y no como una simple serie discontinua de puntos de apoyo para la significación) es necesario considerarlo como historia. Ahora bien, toda tentativa de formalizar la historia parece implicar, en sus mismos fundamentos epistemológicos, una contradicción. Una vez más, la propia lógica de sus planteamientos parece llevar a Nauta inadvertidamente al terreno de Hegel.*

2) La integración de la teoría matemática de la comunicación dentro de un cuadro general destinado a presentar

<sup>13</sup> Véase en Eco (1973) un argumento similar: “Le regole pragmatiche stabiliscono ‘le condizioni a mi l’interprete deve sottostare perché il significante sia un segno [...] Anche queste regole di uso, contestuale e situazionale, non possono che essere regole semantiche —ed è difficile negare gusto proprio in una situazione behavioristica, in cui ogni definizione del segno, e la stessa assegnazione delle regole semantiche, ha come fine un comportamento da indurre. Cosa sarebbe il segno (con le que regole semantiche) al di fuori di un sistema di usi previsti e voluti?” (p. 135). Sin embargo, esta argumentación conduce finalmente a Eco a aceptar (aunque bajo una forma “moderada” —“carente de metafísica”—) la semiosis ilimitada de Peirce.

<sup>14</sup> O, a la inversa, si se interpreta al autor de un modo menos literal, pero más sensato y conforme con la globalidad de su enfoque.

una sistematización de la semiótica. Es un mérito —aunque no sea una novedad— de Nauta el haber subrayado que el concepto de información formulado por Shannon y Weaver es independiente y no se puede confundir con el concepto de significación, materia de estudio propio de la semiótica. Pero ¿era necesario entonces presentarlo como correspondiente a un nivel *pre-semiótico*? Hay dos aspectos discutibles en ello. En primer lugar, que al presentarlo como *posibilidad* de significación se implica la pertinencia de su discusión en *todos* los niveles de la semiótica. Esto, por una parte, conduce por ejemplo a la escala de “tipos de información” que constituye el tema central del cap. III del libro y de la cual lo menos que se puede decir es que parece extraordinariamente artificiosa. Por otra parte, esta tesis se apoya sobre una confusión de los sentidos epistemológico y ontológico con que el término “posibilitar” puede entenderse. El segundo aspecto discutible se encuentra conectado con esto último; la simetría de las dos ocasiones en que el término “posibilitar” aparece (tal como se puede apreciar en el diagrama H) es engañosa y conduce a Nauta, según he argumentado antes, a un dilema sin más salida que la de un idealismo metafísico en el sentido más fuerte.

En realidad esta objeción se puede emparejar con la primera (la correspondiente a la formalización de la pragmática) para criticar la tentativa de Nauta de construir un sistema teórico global y coherente de la semiótica, *incluyendo, dentro de la teoría, sus propios marcos de referencia*. En el fondo ya no son sólo los fenómenos de significación lo que así se teorizan, sino también el mundo —dentro del cual los fenómenos de significación ocurren—. Bajo este punto de vista la semiótica de Nauta se nos aparecería propiamente como una metafísica. (Y no es que yo quisiera implicar aquí que sea una tarea descabellada la de hacer metafísica, sino que Nauta parece hacerla indeliberadamente.)

3) El tercer aspecto discutible parece provenir también del mismo *esprit de géométrie* y es la jerarquización de los tipos de significación —señal, signo, símbolo—. También aquí, como en la estratificación de las dimensiones, Nauta

se apoya en la terminología de Morris, pero las modificaciones que impone al modelo original son en este caso mucho mayores. En primer lugar, para Morris (según se aprecia en el diagrama A)<sup>15</sup> los signos no son, como para Nauta, entidades de tipo intermedio entre las señales y los símbolos. En segundo lugar, se trata para Morris más bien de una de entre otras muchas posibles clasificaciones de los procesos semióticos.<sup>16</sup> En tercer lugar, y esto es lo más importante, Nauta presenta esta clasificación como una clasificación *jerárquica* —“Con nuestra clasificación tratamos de describir una jerarquía de vehículos de información, en ella las señales representan el más bajo y los símbolos el más alto tipo de vehículo” (p. 30)— que parece el resultado de proyectar, sobre el plano de los tipos de semiosis, la jerarquía que aparece en el plano de lo que Morris llamaba las dimensiones de la significación. Para Nauta las señales, signos y símbolos se caracterizan por su respectiva capacidad de acarrear información sintáctica, semántica y pragmática —de un modo aditivo, es decir, la información semántica implica también la sintáctica y la pragmática ambas— “implícitas”. Según hemos visto antes, para Nauta, es precisamente el hecho de que los símbolos lleven implícitamente información pragmática, lo que *posibilita* que esta información se *explícite* en los sistemas de los lenguajes artificiales.

Vemos así aparecer, de nuevo, la confusión entre niveles epistemológico y ontológico que antes he señalado:

—En primer lugar porque lo que era (en Morris) una distinción simplemente epistemológica (la de las dimensiones de la semiosis) se proyecta en una clasificación taxonómica de *tipos* de semiosis.

—En segundo lugar porque, según hemos visto antes, el término “posibilitar” aparece aquí ambiguamente en una acepción a la vez epistemológica y ontológica.

<sup>15</sup> Cfr. la parte (I) de este escrito, p. 59.

<sup>16</sup> En esta clasificación Morris parecía mucho más motivado por una preocupación metodológica —encontrar unas fórmulas reguladoras para el uso de términos que ya conocían una amplia circulación en la literatura precedente— que por una preocupación sistemática en el sentido de que derivase de unas cualidades fundamentales de los procesos semióticos.

De esta confusión derivan dos dificultades, una externa y una interna, para la construcción teórica de Nauta.

Veamos en primer lugar la externa. Si la distinción entre las dimensiones es simplemente epistemológica, esto implica que en "la realidad" de los procesos semióticos esta clasificación no puede tener consecuencias (taxonómicas, por ejemplo).<sup>17</sup> En *cualquier* proceso semiótico es posible siempre distinguir las tres dimensiones. ¿Cómo sería posible hablar de un proceso semiótico —ya se trate de una señal, ya se trate de un símbolo— carente de dimensión pragmática, por ejemplo? Hacerlo supone definir las dimensiones de un modo muy distinto a como lo había hecho Morris, y esto es algo que Nauta no parece haber intentado explícitamente. Por otra parte, es precisamente este carácter estrictamente epistemológico lo que permite hablar de una *jerarquía* de las dimensiones. Hablar de jerarquía —como lo hace Nauta en el caso de la clasificación señales-signos-símbolos— en un nivel ontológico es adquirir un grave compromiso metafísico, y Nauta no parece haberlo advertido claramente.

La dificultad interna ahora. ¿Por qué ha de ser necesario alcanzar el nivel de los símbolos —en donde, según Nauta, aparecen implícitamente las tres dimensiones— para que sea posible pasar a la metasemiótica, con su tripe subdivisión? Dentro de las mismas asunciones de Nauta ¿no podría desarrollarse la sintáctica a partir *ya* del nivel de las señales y la semántica a partir del nivel de los signos, puesto que las correspondientes dimensiones aparecen implícitas respectivamente en cada uno de estos niveles? Las posibles líneas diversas de argumentación en torno a este problema —incluyendo la que el propio Nauta sigue— parecen extraordinariamente confusas e inconcluyentes, y lo mismo habría que decir, por tanto, de la tesis misma en que el problema se origina: la jerarquización de los *tipos* de semiosis como reflejo de la jerarquización de las *dimensiones* de semiosis.

<sup>17</sup> Morris (1946, nota A al cap. 8) lo señala explícitamente así al criticar el uso de términos tales como "signo pragmático" (Empleado por A. Kaplan y H. Reichenbach).

### 7. Conclusión

He realizado en el presente escrito una exposición resumida de la teoría semiótica de Nauta y he comentado a continuación su importancia en el contexto de los estudios actuales de semiótica, así como algunos de los puntos críticos, externos e internos, que aparecen en ella. No quisiera terminar sin subrayar lo que en esta teoría constituye, desde mi punto de vista, la orientación más sugestiva para desarrollos ulteriores. Se trata, como ya antes he apuntado, de su insistencia en la distinción entre aspectos *de jure* y aspectos *de facto* en la semiosis y su tentativa de integrar tanto unos como otros en el marco de una teoría general unitaria. A pesar de que una buena parte de las dificultades de Nauta parecen derivar de su tratamiento de esta cuestión, hay que reconocer que era realmente necesario abordarla. Viejos problemas de la teoría del conocimiento —la contraposición analítico/sintético: el concepto mismo de regularidad o ley científica— y de las ciencias humanas —la especificidad de sus diversos enfoques con respecto al nivel común en que todos se resuelven: la conducta humana— aparecen mezclados aquí. Necesitamos una reflexión teórica más concluyente en este punto si queremos alcanzar una teoría semiótica más comprensiva y coherente que sustituya la pluralidad de enfoques y construcciones fragmentarias y contradictorias que ahora tenemos, si queremos, en definitiva, una semiótica que se muestre fructífera en el análisis de las manifestaciones de la semiosis humana en la cultura y la sociedad. El libro de Nauta resulta sugerente en este sentido, pero deja al lector aún con mucho camino por recorrer.

### REFERENCIAS

- BAR-HILLEL, Y. (1964). *Language and information*. Jerusalem, Reading Mass.
- ECO, U. (1973). *Segno*. Milan, Icedi.
- GARRONI, E. (1972). *Progetto di semiotica*. Bari, Laterza.

- LLORENS, T. (1974). "El estudio del significado de la arquitectura: Problemas y criterios epistemológicos". En Varios: *Arquitectura, Historia y Teoría de los Signos*, Barcelona, La Gaya Ciencia, Publicaciones del Colegio Oficial de Arquitectos de Cataluña y Baleares.
- MORRIS, C. (1946). *Language, signs and behavior*. N. York, Prentice-Hall.
- (1964). *Signification and significance*. Cambridge, Mass. The MIT Press.
- OSGOOD, C. E. (1952). "The nature and measurement of meaning". *Psychol. Bull.*, 1952, 49, pp. 197-237.
- OSGOOD, C. E., G. J. SUCI y P. H. TANNENBAUM. *The measurement of meaning*. Urbana Ill., The University of Illinois Press.